

Apura un cigarrillo Kedive, reclinado  
en un diván oscuro, y entre el humo azulado  
del tabaco, sus ojos contemplan con amor

el azul de las venas sobre las manos finas  
dignas de rasgar velos de princesas latinas  
y ceñir el anillo del Santo Pescador.

OARISTOS.

PARA TULIO M. CESTERO



I

Bajo el fúnebre casco de tu pelo  
hay en tu rostro una avidez malsana,  
y en tu carne morena de gitana  
un acre aroma de pantera en celo.

Hecha para el amor y los placeres,  
tienes la eternidad de un bronce griego...  
Tu cuerpo es llama viva, tu alma fuego...  
¡Cleopatra debió ser como tú eres!



Tus finas manos de marfil imprimen  
en la carne nerviosa sacudida...  
Son tus ojos dos vértigos de crimen...

Y esbelta y ágil, insaciable y fuerte,  
la adelfa de tus labios dá á la Vida  
la palidez sagrada de la Muerte.

II

Bajo la protección de tus pupilas  
regresaba el rebaño á los rediles,  
entre un temblor metálico de esquilas  
y un desgranar de flautas pastoriles.

Y un mastín de pupilas encendidas,  
hirsuta piel y corpulencia brava,  
entre las altas hierbas florecidas  
las huellas de tu paso rastreaba.



Ceñí tu talle, al expirar el día,  
bajo el verde nogal que protegía  
la clara fuente de sonoros caños...

Allí nuestros corderos se mezclaron,  
y desde aquella tarde, pernoctaron  
en un mismo redil nuestros rebaños.

III

A través de la túnica, la nieve  
y el rubor de tus rosas se revela...  
Tu espíritu es más ágil y más leve  
que el fino tul que tus encantos vela.

Al tálamo nupcial desnuda vienes  
de espíritu y de carne. Tiemblan todas  
las purezas en tí, mientras detienes  
tu planta en el umbral de nuestras bodas.



De ternura y de amor tu cuerpo ungiste  
y de piedad las manos. La Pureza  
es el único velo que te viste...

¡A mi lecho nupcial sé bienvenida!  
¡La inmortal juventud de tu belleza  
eterna juventud dará á mi vida!

IV

Lo presentido de tu carne llega  
bajo los oros de la tarde clara,  
con la alegría de una vírgen griega  
que va á ofrendar sus velos en el ara.

Y se enciende al ardor de mi deseo  
—pupila extática, boca lasciva—  
tu correcto perfil de camafeo  
como tallado en una llama viva.



Tiembla tu intacta lámpara. Presiente  
el tibio soplo de mi labio ardiente,  
viendo en el blanco muro, estremecida

pasar la sombra de tu mano única,  
desatando los broches de la túnica  
para el supremo triunfo de la Vida.

V

Al borde de la túnica blanquea  
la maravilla de tu pie desnudo...  
¡Para ser otra Palas Athenea  
solo te falta el casco y el escudo!

Las palomas de Eros, sorprendidas,  
al verte, huyeron del indócil niño,  
á arrullar sus amores, escondidas  
bajo la gasa azul de tu corpiño.



En tus gestos se esculpe la suprema  
euritmia de una estatua ó de un poema.  
Es música tu voz, y cuando cantas

las aves en los cielos se detienen,  
y los leones, silenciosos, vienen  
á lamer la blancura de tus plantas.

VI

Un perfume de muertas primaveras  
resucita en el aire, cuando empañas  
la tentación azul de las ojeras  
con la sombra fugaz de tus pestañas.

La ajada palidez de tus mejillas  
evoca al pensamiento gris y triste,  
lo frágil de las rosas amarillas  
que en último otoño me ofreciste.



Con los ojos cerrados, pensativa,  
tan inmóvil y pálida, pareces  
una muerta soñando que está viva.

Y es tu mano tan blanca, que hoy, apenas  
bajo la nieve de sus palideces  
azulea el relieve de las venas.

VII

Ella desnuda y tímida reía  
al ver en los cristales de la fuente  
su imagen que en la linfa transparente  
sus íntimos secretos descubría.

El agua de placer se estremecía  
al copiarla en su seno. Y sonriente,  
con gestos de pudor, en la corriente  
la punta de los pies humedecía.



Miró brillar, de pronto, llameantes  
mis ojos, en la verde Primavera  
de las frondas. Los senos palpitanes

se cubrió con las manos temblorosas,  
y bajo el oro de su cabellera  
fué su cuerpo un relámpago de rosas.

VIII

El aire era mortal como un veneno,  
y en el febril perfume de la siesta  
se hinchaba, bajo el sol, igual que un seno  
el verde corazón de la floresta.

Sorprendí tu blancura en el descanso  
del baño, bajo el palio de la umbría...  
El agua transparente del remanso  
era el solo cendal que te envolvía.



Hubo un hervor de espumas en las ondas;  
al sentir mi contacto, diste un grito:  
y trémulas de amor vieron las frondas

en las aguas azules y serenas,  
entre mis brazos, renovarse el mito  
de los Tritones y de las Sirenas.

IX

Del río en los remansos cristalinos  
deshojaba el crepúsculo sus flores,  
y turbaba la paz de los caminos  
el jevhé! de los vendimiadores.

Cruzó un temblor de flautas en el viento.  
Las frondas eran al amor propicias.  
Se insinuaban besos en tu acento  
y en mis manos temblaban las caricias.



Sobre las hierbas verdes y tranquilas,  
sentí en mortal abrazo estremecerse  
tu cuerpo, ya rendido á mi querella.

Y contemplé en el mar de tus pupilas  
apagarse la tarde, y encenderse  
el faro azul de la primera estrella.

X

Bajo el alto laurel, en el bosque  
Venus nos fué propicia aquella hora...  
Rasgaban las verduras del paisaje  
el velo azul y rosa de la Aurora.

Ví mis ojos temblar en tus zafiros,  
á mi tacto tu piel se hizo de seda,  
y para oír la voz de tus suspiros  
se detuvo la brisa en la arboleda.



El sol, tu palidez agonizante  
besó, á través de la gloriosa rama,  
y entre los oros de su luz triunfante

quedó temblando en el campestre lecho,  
como gotas de sangre entre la grama,  
algún rubí de tu collar deshecho.

XI

Las brisas del crepúsculo venían  
cargadas del olor de las montañas,  
y suaves al pasar estremecían  
con su cálido aliento tus pestañas.

En la muerta humedad de tus pupilas  
sentí desfallecer la primavera,  
mientras tintineaban las esquilas  
en el silencio azul de la pradera.



Al verte agonizante entre mis brazos  
sentí la tentación de ahogarte en ellos...  
La tarde ensangrentaba los ribazos,

y á los reflejos de su luz postrera  
ardieron fugitivos tus cabellos  
como un áureo vellón en una hoguera.

XII

Era la tarde como un rojo velo  
que palpitante en el Poniente ardía,  
mientras en el rosal azul del cielo  
el nacar de la luna florecía.

Hubo en tu labio un ruego y hubo un vago  
temor en tu pupila incitadora...  
La fuga del crepúsculo en el lago  
daba á tu tez un resplandor de aurora.



Cruzó un plañir de bronces por los llanos...  
Besé tus labios y acallé tu ruego. .  
Sentí en la nuca el peso de tus manos,

mirando en tus pupilas dilatadas  
deshacerse en relámpagos de fuego  
la negra tempestad de tus miradas.

XIII

Surgió, de pronto, tu silueta impresa  
entre las sombras y á mi encuentro vino  
con un encorvamiento de felino  
que se dispone á devorar su presa.

Te sentí palpitar entre mis brazos,  
tu cálido contacto me encendía,  
mientras mi débil cuerpo hecho pedazos  
en tus garras de esfinge sucumbía.



Y la fiera dormida despertóse  
en mi carne, y, rugiendo abalanzóse  
sobre tu cuerpo, con la fauce abierta,

ávida de morder... Y cuando el día  
nos alumbró, sobre tu faz corría  
una azulosa palidez de muerta.

XIV

¡Oh, el despertar en el fragante prado!  
Sobre mi brazo el peso de tu cuello,  
y tu mano en mi hombro, y el callado  
perfume de tu aliento y tu cabello!

La sonora frescura de las fuentes,  
de las alondras el primer gorgojo,  
y tus tímidas frases balbucientes  
entre algún perezoso parpadeo...



El sueño que los músculos enerva  
se borra ante los trémulos destellos  
del sol que tiembla en el cristal del río.

Y luego, sacudir sobre la hierba  
húmeda, al abrazarnos, los cabellos  
rutilantes de gotas de rocío!

XV

Tú fuiste para el pobre peregrino  
en las fatigas de la tarde roja,  
una flor que se coje en el camino,  
se aspira su perfume y se deshoja.

Bajo el cándido lino de tu tienda  
á mis nómadas penas sonreiste...  
Amaneció. Y me perdí en la senda  
mucho más solo, pero menos triste.



Disipóse en la blanca polvareda  
tu silueta, á lo lejos... Hoy no queda  
más que una frágil sombra que indecisa

atraviesa mis sueños balbucientes...  
Sólo recuerdo el blanco de tus dientes  
entre el rojo clavel de tu sonrisa.

ROMANCES

PARA MANUEL S. PICHARDO